



**Pregón de exaltación de la Juventud Cofrade de la Real, Ilustre y Muy
Noble Cofradía del Santísimo Cristo del Perdón**

Seguí a una estrella fugaz
que me trajo hasta aquí
Su luz era muy viva
dejó una estela de paz
hasta parar en San Antolín.
Sentí que algo me decía

Crucé el dintel de la puerta
y a los pies de este altar
un Niño me sonería
la estrella que me trajo era cierta
No había un mejor lugar
Ni una mejor compañía

Un ángel me hizo un guiño
y entonando un aguinaldo
me decía con gracia huertana
"El Perdón se hizo Niño"
y mientras me iba acercando
esta copla cantaba



He aquí la luz del mundo
esta es nuestra fortuna
pero algo grande pasará
- y alzó este mensaje rotundo -
el niño que veis en la cuna
en una cruz morirá

- D. Diego Avilés Fernández, Presidente de la Real, Ilustre y Muy Noble Cofradía del Santísimo Cristo del Perdón
- D. Rafael Ruiz Pacheco, Consiliario y párroco de San Antolín
- Querido D. José Ballesta, Alcalde de Murcia y concejal del Grupo Popular, gracias por honrarme con tu presencia
- Queridos compañeros de la Junta Municipal
- Compañeros de la Junta de Gobierno
- Queridas amigas y amigos

En los primeros recuerdos de este pregonero se encuentran los tempranos amaneceres de un Lunes Santo. Los nervios ante una cita, que no era nueva pero que cada año se renovaba.

Aguardábamos como si fuera el principio y el fin de un nuevo año, como si todo lo acontecido cobrase sentido en ese momento. La espera se hacía nervio y la impaciencia sentimiento.



Es imposible no sonreír recordando el ajetreo en la casa familiar, en la que nos vestíamos 5 nazarenos (hoy lo hacemos 11) pues ese día era casi una fiesta, era la encarnación de una tradición de la que todos nos sentimos orgullosos.

Tanto es así que Dios me ha hecho un regalo guardado en los primeros flujos de la memoria, mis primeras procesiones entre las que nunca olvido aquella tarde veraniega en la que celebramos el centenario de esta Cofradía. Era el año 1996, y yo, con 4 años, viví cada momento de la mano de mi abuela María, quien hoy forma parte de un eterno Lunes Santo.

Pasó el tiempo y cuando este pregonero alcanzó la esperada juventud su pasión por la Semana Santa se convirtió en un modo de vida. Vivir en torno a ello durante todo el año, dio forma a mi manera de ser, a mis creencias, incluso a mis aspiraciones profesionales... dio forma a mi manera de sentir, de creer, de emocionarme... dio sentido a mi vida – y lo digo así, sin ningún tipo de polifonía- Dio sentido a mi vida.

Es por ello que antes de adentrarme en el pregón me gustaría dar las gracias a quienes hacéis posible que hoy esté enarbolando la bandera de la juventud – a pesar de peinar alguna cana – , que esté compartiendo con vosotros una pasión viva que es la Semana Santa, que esté ocupando esta cátedra de amor a nuestra tierra.



Gracias, querida Verónica por depositar en mí tu confianza, créeme si te digo que pongo en este pregón toda mi intención. Gracias a la Junta de Gobierno de la Cofradía por honrarme de esta manera. Gracias a todos por vuestra compañía.

Pero no quería dejar pasar esta oportunidad para agradecer como es debido a quienes hoy son los principales responsables de que hoy ocupe este atril: mis padres.

Gracias por darme una buena infancia, gracias por transmitirme vuestros valores, gracias por compartir vuestro cariño, gracias por respetar mi libertad, gracias por hacerme participe de vuestra pasión, gracias por la vida y gracias por hablarme de Dios.

Queridas amigas y amigos; Una nueva Semana Santa llama a nuestra puerta.

Nuestra época se caracteriza por las múltiples y rápidas transformaciones. Podemos decir con propiedad que nos toca vivir también en unos “tiempos recios”, como dijo Santa Teresa, unos tiempos de incertidumbre, de dificultad, de vivir a contracorriente, tiempos que requieren firmeza y determinación.

En verdad, en estos tiempos tan recios, se necesitan amigos fuertes de Dios. Pues este tiempo, nuestro tiempo, es también para los jóvenes una oportunidad, sin ninguna duda, para afrontar un desafío que mida nuestra



capacidad de resolución, nuestro coraje, nuestra condición de seres libres y nuestro sentimiento de pertenencia a una tierra que nos exige la convicción profunda de ser parte de un proyecto común.

Por eso, ante esta realidad, hemos de volver la vista a los valores que nos transmite la Semana Santa.

Ante una sociedad que pone en duda la tradición de su fe, pronto, Murcia saldrá masivamente a la calle a ver sus cofradías, emocionándose ante la mirada de Nuestro Padre Jesús Nazareno, admirando el meceo de la Cruz de nuestro Cristo del Perdón o diciéndole a la Dolorosa del Carmen la oración sin palabras de unas lágrimas...

Pronto viviremos un nuevo Lunes Santo. Y será un Lunes Santo triunfante, luminoso...pues ya comenzamos a descontar el tiempo para ver de nuevo en la calle esa panorámica de Dios que es una cofradía.

Nuestros nazarenos volverán a su encerramiento de tela y a sus promesas descalzas.

Volverán aquellos aromas deshidratados de incienso, la sequedad del esparto en el andar recio de un estante y las melodías de pasión que nos saben a misma gloria.

Pronto habrá un nuevo Lunes Santo, un Lunes Santo de una murcianía insobornable. Un Lunes Santo de temperamento sanantolinero. Porque aquí,



en este barrio que duerme pero no descansa, el Lunes Santo no tiene descripción, no tiene una identidad... las tiene todas.

El Lunes Santo es el desvelo de un ente, de un alma, que permanece quieta durante el año. Es la floración de los sentimientos de los sanantolineros que, como buenas gentes cercanas a la huerta, se hacen sólidos y los esconden durante el año para romper en tal día el caparazón y exportarlos, emocionarse sin complejos y llorar como un niño si es necesario, porque este día nadie lo considera extraño.

Es un día de abrazos, de verse por la calle y decir “feliz Lunes Santo”, de nervios pese a tenerlo todo controlado. Es una fiesta para el barrio aunque a otros nazarenos de Cuenca o de Zamora les pueda parecer raro.

En el alma del Perdón penden tantos sanantolineros de pro, tantas familias a las que pertenecer a esta cofradía es casi parejo a la naturaleza del murciano, tantas personas que siguen siendo recordadas y que han dejado aquí su impronta, su sello y su obra. Personas que, seguro, piden la venia allá en el cielo para mirar desde arriba cómo se desarrolla su día más esperado.

Y es que este día es la consecución de ritos familiares heredados, de regusto nazareno, de encontrarse todos en la casa de los padres, de la tía o del abuelo. Es una fiesta familiar... la composición de un escenario en el que cada uno conoce su función y en la que todos formamos una unidad que se describe en bloque pero se siente personalmente.



A las siete en punto de la tarde se recompone la tradición, el devenir de gente, el trasiego de la plaza, el público embarullado... un desorden ordenado se pone firme al anunciar la hora las campanas del reloj.

Y es que esa campana
que suma siete tañidos,
ha medido de los latidos,
de toda generación.

Las gloriosas personas
que levantaron este templo
le quisieron dar altura
al campanario anunciador
para que Murcia entera sepa,
que el Lunes Santo se repite
y la historia se define
por la norma de su reloj.

¡Bendito Lunes Santo
que empiezas con un redoble
y acabas con el repique
cuando entra tu Señor!



¡Que nunca callen las campanas
Pues sólo estas marcan
Que comienza un nuevo año
al empezar de la procesión!

Que toda Murcia sepa
Al oír marcar el cobre
Que sus calles son la gloria
Que el mundo se detiene
Cuando pasa el Perdón

Pues no hay regalo más hermoso
Ni más grata emoción
que vivir el Lunes Santo
aclamando todo el barrio
al Señor del Malecón

Un año más – y ya se cuentan 129 – volveremos a buscar los pasos de un Cristo maltratado, como quien busca un corazón.

Volveremos a encontrarnos con el misterio y la intimidad de un Cristo al que todos buscan para alimentar el alma.



Lucharon vida y muerte
en singular batalla, y
muerto el que es la Vida,
triunfante se levanta.

Ahí, entre el público, podemos identificar rostros emocionados que vemos de año en año. Manos entrelazadas que se sumergen en la muchedumbre, ojos humedecidos por devoción y un susurro que reza a descompás y que suma particulares peticiones.

Cuando te adentras en el corazón de Murcia, Padre, te esperan emociones contenidas que se quieren escapar. Te esperan recuerdos de la infancia y las vivencias nuevas de ayer. Te esperan memorias, desgraciadamente vacías, y otras repletas de aquel que no está o aquella otra que se marchó. No existe la diversidad de espacio ni de tiempo, todo se concentra aquí y ahora. Nadie aparta la vista de ti, un año más, nos impartes tu bendición.

Queridas amigas y amigos:

Permitidme que haga un alto en el camino para lanzar una reflexión que quiero apartar de cualquier distinción protocolaria.

Mirad a este Cristo, crucificado y derrumbado tras recibir el maltrato y la humillación. ¿Sirve de algo sentir compasión? ¿sirve de mucho querer consolarlo?



La juventud no está exenta de esta realidad: humillación y acoso en las aulas, maltrato a quienes son diferentes, desentendimiento a quienes coartan nuestra comodidad y abandono a los más necesitados.

¿De qué sirve sentir compasión y querer consolarlo? Si en nuestro día a día tenemos a muchos cristos humillados y crucificados. Estamos llamados a curar estas heridas.

Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos jóvenes privados de dignidad y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio.

Los jóvenes de las hermandades no somos mano de obra barata para limpiar tulipas, pero tampoco debemos ser la cómoda guardia. Somos instrumentos evangelizadores, sanadores de las heridas de tantos cristos de este siglo XXI.

Te pido Padre mío
que al ver llegar tu paso
no veamos solo el fasto
que apreciemos la belleza, si
pero seamos el reparo
el consuelo a la dolencia
de aquellos que te buscan
que viven con carencia



Que en tu paso fatigado
de tarima bien labrada
sintamos con tu peso
la carga del pecado
y la cruz del hombre ajeno

Eres tú semblante y fortaleza
consuelo al afligido
descanso al fatigado
para el triste la esperanza
para el llano la grandeza

¿Por qué mueres por mi?
¡Si no soy nadie!
Solo soy el que te ofende

Quiero darte mi alma
purificar mi conciencia
quiero, Padre ofrecerme



aceptar por ti la sentencia
abrazar esa cruz que te ahoga
y hacer de la tuya, mi penitencia

Murcia, como buena tierra española, obedece a una Semana Santa coronada por la devoción a nuestra Madre, Madre de la Soledad.

Hace 44 años, el Papa San Juan Pablo II dirigió a los jóvenes las palabras más sencillas y a la vez más sólidas de los últimos tiempos

“¡No tengan miedo!... Abran de par en par las puertas a Cristo”.

La Virgen María es un modelo, una patrona para los jóvenes: Ella dijo ‘Si’, abrió las puertas a Cristo y entregó su juventud.

Por ello, para sumergirnos de lleno en la devoción a Nuestra Señora de la Soledad, deberíamos preguntarnos ante la belleza incomparable de su imagen, quien fue, quien es María.

Preguntamos a los más de veinte siglos de historia, a la leyenda, al camino de amor que el cristianismo ha trazado al conjuro de su nombre, y entre certezas y conjeturas, va surgiendo de un pincel invisible el retrato de nuestra Madre.



Ella fue la rama de olivo que aclamaba con silencio la entrada de Jesús en Jerusalén. Ella fue la estela blanca de la estrella que guió a los Magos hasta su morada. Ella fue el vientre que lo llevó y los pechos que lo amamantaron. Ella escuchó su palabra y la puso en práctica.

El Santo Espíritu de Dios, aun no manifestado a los hombres, esculpió su alma y adornó su corazón con todas las virtudes a las que puede aspirar el ser humano.

Por eso, ante Nuestra Señora de la Soledad, tan hermosa, no cabe mejor plegaria que decirle que sabemos quien es. Que siempre, desde el día de nuestro nacimiento, la sentimos cerca a partir del primer latido, del primer llanto, de la primera sonrisa.

Por eso, cada Lunes Santo, en una noche de tibia primavera, las calles de Murcia son el pañuelo que recoge las lágrimas de nuestra Madre. Es la llama de amor viva, que se extiende por toda la ciudad, como una mancha de aceite que unge y alimenta.

Cuando te asomas, Madre, a encontrarte con los últimos hilos de plata de la luna casi llena, son muchos los corazones que te esperan y que parecen huir del pecho. Te esperan pupilas humedecidas y un cielo apagado.



Me parece estar viendo
una gloria de Ángeles
que al fondo van pidiendo
el paso a nuestra Madre
con heraldos y timbales

Me parece estar viendo
un paso a lo lejos
que marca principales
luciendo poderío
meciendo con su paso
la tarima y los varaes

Me parece estar viendo
un conjunto de tulipas
que en su paso se revuelven
con la luces encendidas
como lucen los altares



Me parece estar viendo
a una Virgen caminante
la silueta de un madero
y un grito desgarrado
a su hijo agonizante

Me parece estar viendo
una azucena radiante
que ha perdido el color
solo busca el consuelo
y yo busco consolarte

Queridas amigas y amigos;

Este pregonero está llegando a su fin. Aquí cesan mis palabras pero no sin antes dejar un último mensaje para reflexión de todos:

Decía el papa Benedicto XVI, quien hoy siente sus últimos alientos, que:
"San Juan nos ofreció una formulación sintética de la existencia cristiana:
‘Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él.’"



Está en nuestras manos, queridos amigos, que este gigante evangelizador llamado Semana Santa siga llenando nuestras ciudades de un mensaje esperanzador, dando a los jóvenes una respuesta. Pero no solo en el desarrollo de la procesión, sino también en la oración personal, no solamente en las calles sino también en aquellos nuevos lugares habitados por los jóvenes donde aún no ha llegado la luz. Queridos amigos; estamos llamados a ser los apóstoles del siglo XXI.

El papa San Juan Pablo II dejó dicho que «La fe se refuerza dándola». Al anunciar el Evangelio nosotros mismos creemos cada vez más profundamente en Cristo, y nos convertiremos en cristianos maduros.

Este anuncio no puede ser más que comunicar la alegría de haber encontrado en Cristo la roca sobre la que construir nuestra vida. No son necesarios sermones, ni encíclicas, sino dar ejemplo sencillo en nuestro modo de vida: en el respeto a nuestros padres, en servir a los demás, en actuar siempre según la voluntad del Señor. De ese modo nos construiremos también nosotros mismos, creceremos y maduraremos en humanidad.

Y llegados a este punto y quedando anunciada la importante labor de los jóvenes cofrades en la vida cristiana, cómo no vestir de belleza las últimas palabras de este pregón con los versos de mi abuela Rosario, que desde hace unos pocos años goza del descanso eterno.



Cómo no rendir un homenaje a la mayor devota de nuestro Cristo del Perdón que cada día adornaba esta Iglesia con su presencia.

Sus poesías brotaban como las lágrimas de un corazón que nunca se emocionaba en público. Sus versos eran mis plegarias de cuna y siguen siendo, para mi, la mejor oración;

Cristo del Perdón divino
tu sangre fue derramada
te insultaron, maltrataron
mas tu boca nunca dijo nada

Reinarás siempre en el Cielo
Cruz Divina, Buen Jesús,
para poder caminar
necesitamos tu luz
y, mirando al cielo,
en un grito desgarrador,
te pedimos perdón,
el amparo y el consuelo



Pregón de Exaltación de la
Juventud Cofrade

Diego Avilés Correas
San Antolín, 30 de diciembre de 2022